

La escritura: resistencia ante el olvido en *La ceiba de la memoria*

Yuly Paola Martínez Sánchez
Universidade Federal do Rio Grande, RS, Brasil.

“el pasado no se elige
y a veces el único recurso que queda
es interpretarlo para aliviar
su gravedad o su desdicha”

Roberto Burgos Cantor, *Señas particulares*.

La novela *La ceiba de la memoria* (2007) despliega un mosaico de asuntos propios para la reflexión literaria, por ser una obra que pone en juego diversidad de mecanismos narrativos, para la indagación de cuestiones tales como el sufrimiento humano, la tensión entre el ser y su pasado, la construcción de la historia, entre otras. En este texto en específico haré énfasis en el valor que adquiere la escritura, pues ésta se constituye en la posibilidad de contrarrestar el olvido y el silencio que inunda la existencia de los personajes. De igual forma, la escritura se erige como un acto de resistencia ante los discursos hegemónicos que han propiciado tal abandono.

La preocupación por la escritura es motivo de reflexión constante dentro de la novela. Con sus pensamientos y actos los personajes sugieren la necesidad de dejar registro del presente para que en los tiempos venideros perduren las marcas de su existencia. Esta idea se revela en primer momento a modo de pregunta, a través de la voz de Benkos Biohó: “Pedro no ha podido contarme por qué lo que se dice con la voz y el grito, lo que se guarda en el recuerdo, lo que los muertos confían a los vivos, por qué hay que volverlo letra, Pedro no me dice [...]” (Burgos, 2007, p.82). La novela como totalidad responde a tal interrogante, dando protagonismo a voces opacadas por la historia oficial, como las del mismo Benkos Biohó, o las de los jesuitas Pedro Claver y Alonso de Sandoval; incluso colocando a los personajes en situaciones que les permite manifestar inconformismo y ejercer resistencia desde sus acciones y pensamientos al rumbo que la historia parecía destinarles. Es ejemplo, el provocador grito de Benkos Biohó, que alcanza su realización

con la creación de los palenques y el encuentro sexual con Dominica de Orellana; acción que también se percibe como una liberación para la española, junto con su proyecto de la carta para la Reina y la escritura de su *Libro de horas*; así como la construcción del tratado de Alonso de Sandoval que revela los secretos de la esclavitud; o la entrega sin reparos de Pedro Claver, que lo llevan a convertirse en el santo de los esclavos.

No obstante, son los ejercicios de escritura dentro del relato los que justifican su importancia como uno de los motivos configuradores de la forma y contenido de la obra. Por un lado, en el tratado de Alonso de Sandoval, se dilucidan una serie de asuntos en torno a la esclavitud, la libertad y el poder, en relación a la religión que cuestionan radicalmente el papel de la iglesia durante el proceso de esclavización y evangelización de los africanos en el Nuevo Mundo. El personaje defiende “que la libertad será un estado natural y no podrá subordinarse al poder que es antinatural. Usted lo condenará: invento del diablo por el que unos hombres someten a otros hombres a pesar de que saben que todos serán hijos de Dios” (Burgos, 2007, p. 278). El tratado llamado *De instauranda Aethiopia salute* es un documento real, considerado uno de los libros precursores de los derechos humanos, según Pablo Montoya (2009), que además de ofrecer disertaciones filosóficas y éticas en torno a la esclavitud y la libertad, tiene un registro de los nombres y procedencias de, si no todos, la mayoría de los africanos que llegaban al puerto. Sin duda, una iniciativa que contradice los intentos de supresión de la humanidad de los esclavos y se presenta como una evidencia que impide la caída de su existencia en el olvido.

A pesar de que Alonso de Sandoval se percibe como un personaje débil e inofensivo para la continuidad del negocio colonial, por encontrarse en los últimos días de su vida, las intervenciones de su pensamiento en una voz en segunda persona, dibujan un carácter trasgresor, ajeno a la obediencia propia de un sacerdote. De ahí que, el jesuita, a diferencia de su compañero Pedro Claver, esté presto al cuestionamiento, al debate de las ideas y la reflexión de todos los asuntos que se le presentan ocultos o manipulados. Por ello, alegando siempre en nombre de la justicia y la libertad, el tratado, en tanto materialización de sus razonamientos, se opone sin concesión alguna a cualquier forma de esclavitud, a la negación de la humanidad de los africanos y a los tratos infames de que son víctimas.

Por lo tanto, la escritura es, en la experiencia de este personaje, un acto de resistencia. Primero, por el empeño en reconocer la existencia de seres que con la llegada a América perdían todo vínculo con su origen, con su identidad, o con cualquier sentimiento de arraigo. Y por otro lado, por la oposición a los discursos que en la época de la Colonia se expandían para sostener la esclavitud como una práctica legítima y natural. Incluso, a más de ser un acto de resistencia, la escritura también deviene en posibilidad de transformación, pues para el personaje es el camino por el que pretende modificar la realidad que lo consterna.

En una instancia más íntima, la escritura del tratado también se percibe como la realización de una personalidad inquieta y atrevida, pues, se convierte en la marca que el personaje pretende dejar en el tiempo, como prueba de su compleja existencia. Este texto es para el jesuita su ceiba, que crece y extiende sus ramas para dar continuidad a su pensamiento y a su propósito, tal como le augura su narrador: “Usted ahora establecerá un vínculo entre la ceiba de la memoria cuyo significado aprenderá de los etíopes y su libro. De *instauranda Aethiopum salute* y la posdata que escribirá serán su ceiba. Usted mismo la sembrará” (Burgos, 2007, p. 68-69).

Ahora bien, en el mismo escenario tiene lugar la práctica escrita del libro de horas, una correspondencia frecuente con España y el proyecto de una carta dirigida a la Reina por parte de Dominica de Orellana. Este personaje dinamiza una serie de acciones que la proyectan como una mujer inquieta y cuestionadora, pues no acepta con resignación lo que sucede a su alrededor. Expresa una profunda preocupación por la situación de los esclavos, por la corrupción que abunda en la administración de la ciudad, y la prohibición inexplicable de libros que ofrecen innovadoras perspectivas sobre el mundo. Aunque guarda silencio cuando está en público, en soledad expresa su rebeldía.

La lectura, actividad que antecede la escritura de su libro de horas, es para Dominica signo del pensamiento libre y autónomo, pues en su mayoría lee libros prohibidos, escondidos en las cartas y detalles enviados de España, o que consigue con el encuadernador de la ciudad. Estos le suscitan variedad de interrogantes que no puede

discutir sino con su institutriz a través de la correspondencia, o simplemente los registra en sus notas secretas del libro de horas para evitar cualquier acusación de herejía. Un libro en especial conmociona al personaje, el texto de Alonso de Sandoval. La lectura del tratado vincula el pensamiento del sacerdote con el de Dominica, pues la mujer encuentra resonancia de las reflexiones que ella producía en secreto.

La escritura de las cartas dirigidas a su institutriz complementa la lectura de textos prohibidos, pues se convierte en la salida a preguntas nunca hechas y a preocupaciones apenas reveladas para sí. A pesar de que dedica gran parte de su tiempo en su elaboración Dominica se pregunta si la intensidad de lo que se vive es alcanzable por la letra, colocando así dentro de sus reflexiones la capacidad de la escritura para revelar la realidad. Esto hace que se entregue con pasión a la observación y comprensión del mundo africano y de los temas que le interesan para registrarlos con más vehemencia en su escritura.

En el *Libro de horas*, cuadernillo destinado al registro de los pensamientos más íntimos, y que debía ser enterrado con su cuerpo tras la muerte, Dominica consigna todo lo que ve, lo que piensa, lo que sueña y lo que hace en secreto. Aunque la escritura del *Libro de horas* representa una redención para el personaje, también le genera un cuestionamiento frente al sentido de escribir para sí misma. Piensa que las palabras en el libro quedarán encerradas allí para siempre y no podrán ser interpretadas por nadie, sugiriendo la necesidad de que la escritura cuente con un receptor que le dé vida y continuidad a las ideas allí contenidas, porque aunque la interpretación no coincida con lo que ella quiso expresar, su escritura retiene la esencia de su ser, es decir asegura su perdurabilidad en el tiempo.

La interpretación que este personaje hace del presente, apoyada por las lecturas, y las reflexiones que le suscitan sus ejercicios personales de escritura, despiertan un carácter arriesgado que la impulsa a escribir una misiva a la reina para referirle todos los acontecimientos que han distraído su existencia en el Nuevo Mundo. Sobre todo “le costaba encontrar el fundamento de un derecho para entrar sin permiso a la casa ajena y arrasarlo. Lo que sucedía con los negros le producía compasión y rabia al tiempo. Sí. Sus meditaciones, silencios y lecturas tendría que referirlas en una carta a su Alteza” (Burgos, 2007, p. 112).

La escritura de esta carta es para Dominica el acto de liberación del sinfín de emociones que le producía la observación y el rechazo silencioso de los abusos que sufrían los esclavos. Adicionalmente, la mujer supone que la lectura persuadirá a su destinataria para lograr alguna modificación en las prácticas del Nuevo Mundo.

En general, los actos de escritura de este personaje están cargados de un aire provocador por las circunstancias del contexto, pues en la época “la palabra era propiedad de los varones, de los loros, de las guacamayas. Y, sobre todo, de los varones blancos y con mando” (Burgos, 2007, p. 41). De manera que además de ejercer resistencia ante la situación de los esclavos, Dominica impulsa una reivindicación de género que le da la misma autoridad que poseían los hombres para reflexionar sobre su sociedad y hacer uso de la palabra para manifestarse frente a ello. A esto se suman otras iniciativas, como el creciente interés por conocer la intimidad de esa cultura acallada a la llegada al puerto de Cartagena, y así proveer un poco de redención con los que se cruza. Decide otorgar la libertad a los esclavos que mantenía en su casa y acuerda con su esposo no comprar ningún otro. Las mujeres negras que permanecen con ella por voluntad propia pueden expresar plenamente sus costumbres: danzan, bailan, tienen tiempo libre para coser, dar paseos y reunirse, actividades que se consideran prohibidas para los esclavos en el Nuevo Mundo.

En síntesis, las acciones que promueve este personaje van en contravía de los hábitos de una sociedad aturdida por la opresión y la injusticia. En específico, la escritura se reafirma como una actividad propia para acompañar aquellas acciones de insurrección y para liberar un pensamiento que se resiste a aceptar el destino asignado a toda una raza y al género femenino. En tanto Dominica demuestra que el carácter privado establecido a la escritura de las mujeres no tiene sentido cuando la capacidad de respuesta de una lectura es tan poderosa como la que ella siente con sus libros prohibidos y el tratado de Alonso de Sandoval.

Ahora bien, en la novela interviene otro ejercicio de escritura que no tiene lugar en el contexto de la Cartagena del siglo XVII, pero que se presenta como el resultado de la indagación sobre la realidad de dicho escenario. Me refiero al proyecto de escritura de

Thomas Bledsoe, escritor de ficción, que se propone la construcción de un relato sobre Pedro Claver. Este personaje se interna en los documentos del pasado, intentando encontrar el rostro perdido del jesuita, lo que le suscita una aguda preocupación por la facultad de la escritura para revelar el pasado, así como la manera en que la letra puede rescatar una figura del olvido o por lo contrario la puede arrojar al abismo del desconocimiento.

El descubrimiento de vacíos, silencios, existencias apenas nombradas en los documentos del pasado, incita a Thomas a buscar en la escritura ficcional el poder para dar luz, vida y redención a esos seres opacados por el tiempo, pues a medida que avanza en su proyecto comprende que el pasado no es tiempo muerto o desahuciado, sino que, por lo contrario, “sigue dándole forma al rostro del presente” (Burgos, 2008, p. 251). De manera que para el personaje el pasado se presenta como ese libro cerrado que está en espera de que alguien lo lea para ser activado. De ahí que la escritura surja en la experiencia de este personaje como un intento por revivir ese tiempo, por rescatar del olvido la historia no consultada, y por iluminar los misterios despertados por los documentos.

No deja de ser instigante el hecho de que en su exploración del pasado, las referencias a los esclavos sean nulas: “No he podido encontrar la voz de los esclavos. Su sensación cuando Usted y Alonso llegaban al socavón de la nave y les impartían bendiciones y les daban un poco de agua y curaban sus llagas incurables. Esa voz se perdió. ¿Qué queda?” (Burgos, 2007, p. 406). Ante el mudez de la existencia de los africanos, la ficción se ofrece como la oportunidad para dar voz a los silenciados, permitiéndoles narrar su ser desde la tranquilidad de la posesión de la palabra. Con esto, la escritura ficcional consigue, además de la reivindicación de figuras olvidadas, una autoridad que le consiente cuestionarse a sí misma sobre la imposibilidad de controlar lo que se narra y la influencia de su contenido en los receptores. Al reflexionar sobre esto, Bledsoe se confronta con la idea de que la realidad, ya sea del pasado o del presente, en tanto es validada por la escritura, se convierte en un carrusel que transporta mentiras o verdades a medias, y que gira sin parar. La angustia que inunda al personaje al verse irremediabilmente como testigo de tanta falsedad hace que el acto de escribir se vislumbre para él como el escape para subvertir esa realidad manipulada.

En definitiva, el proyecto ficcional de Thomas Bledsoe demuestra el carácter inacabado de la escritura, pues siempre habrá algo por contar o recuperar, de modo que el pasado se reescribe cada vez que volvemos a él. Por ello, la escritura ficcional en esta instancia funciona como el complemento que ocupa “los vacíos a la deriva de la realidad y sus abismos de fondo perdido” (Burgos, 2007, p. 327). Entre tanto, el personaje resulta siendo el vínculo entre los documentos oficiales o testimonios del pasado, y los poderes reveladores de la ficción. Su lectura esmerada y a la vez desinteresada, en búsqueda de la imparcialidad, conlleva a la aparición explosiva de una escritura que incita “la rebelión de las palabras contra el engaño y las concesiones por piedad o lástima [...] Allí estaban las verdades de los actos conservados más allá de su momento en su impenetrable pureza o con las irremediables deformaciones de la historia y los sigilos protectores o mentirosos del tiempo” (Burgos, 2007, p. 328).

De otro lado, vemos que la irrupción de este personaje y las reflexiones que suscita su proceso de escritura son bien apropiadas para leer los episodios y los relatos de los sujetos que tienen lugar en el escenario de la Colonia. De modo que las ideas que manifiesta Thomas Bledsoe, en torno a los conflictos como escritor y como investigador del pasado, se nos ofrecen como explicaciones metaficcionales de las inquietudes que surgieron en una parte del proceso de creación de la novela. Es precisamente la estructura de puesta en abismo, generada por la vinculación de este personaje escritor y su asociación con la invención de parte de la novela, lo que posibilita múltiples y variadas percepciones acerca de la escritura, posicionándola incluso como uno de los motivos principales de la obra.

Ese procedimiento narrativo culmina con la incorporación de otro relato. Se trata de la historia de dos personajes anónimos, padre e hijo de origen cartagenero, ubicados en una época contemporánea, que al llegar a Roma se cruzan con el cuerpo sin vida de Thomas Bledsoe y quizá también con su manuscrito. Sus voces reflexionan en torno al horror que el ser humano ha ocasionado a lo largo de su historia, tomando como referencia la tradición esclavista de su tierra natal, el holocausto nazi y otros fenómenos mundiales de denigración humana: “más allá de los negros en Cartagena de Indias, destruidos por la obsesión despiadada del lucro, más allá del hongo en Hiroshima, más allá del napalm en los

arrozales, y la locura sin sueño en Nueva York y en Puerto Rico, más allá de lo humano, estamos aquí en el abismo de la nada, sin lágrimas y sin surco, en otro invierno de Auschwitz, resistiendo” (Burgos, 2007, p. 175). En ese panorama el personaje padre levanta la cuestión de la capacidad de la escritura y el poder de las palabras para nombrar en el tiempo lo innombrable, el dolor, el desarraigo, la destrucción, el olvido.

Para este personaje, la escritura tiene el deber de nombrar el sufrimiento y la crueldad porque solo así podrá ser reconocido y redimido. Escribir el dolor es también para este personaje un acto de resistencia, pues “la visión de la belleza hará más terrible el horror pero también permitirá fundar la posibilidad de su negación [...] el lamento de la renuncia ya es conquista, territorio que se arrebató a la nada, exorcismo de la memoria para recuperarla” (Burgos, 2007, p. 294-295). La insistencia de este personaje en recordar el sufrimiento que marca la historia de la humanidad, evoca una premisa desplegada en toda la novela, y es el hecho de que es preciso en estos tiempos permitirle a la memoria hacer un viaje profundo por el pasado individual y colectivo, y volverlo escritura como signo de sanación de una sociedad enferma y dañada.

La intervención de este personaje anónimo funciona también como mecanismo metaficcional, en la medida en que reflexiona sobre los temas de la novela y su proceso de escritura con una mirada más alejada que la del personaje escritor. Sus pensamientos hacen eco de los proyectos de escritura que se dan dentro de la novela, pues cada uno da cuenta del horror y el sufrimiento, desde distintos contextos y perspectivas. Unos desde el estremecimiento directo de quienes lo ven y no pueden contrarrestarlo, otros desde la incomprensión e impotencia que produce la lejanía del tiempo. En ambas situaciones sus creadores se cuestionan si la escritura es la forma correcta de redimir la consternación que les produce pensar y observar el horror. En el transcurso de la novela y con la irrupción de este último personaje se revela que la palabra hecha prosa poética es la que permite exorcizar el dolor, reconocer la historia oculta y revivir la memoria desintegrada, como posibilidad para sobrevivir al horror diario y para anteponer versiones transformadoras de la vida, en claro signo de resistencia ante el olvido.

Bibliografía

Barthes, Roland. 1968. "La muerte del autor", en *El susurro del lenguaje*, 65-71. Barcelona: Paidós.

Burgos Cantor, Roberto. 2001. *Señas particulares*. Bogotá: Editorial Norma

---. 2007. *La ceiba de la memoria*. Bogotá: Editorial Seix Barral.

Montoya, Pablo. 2009. *Novela histórica en Colombia 1988-2008*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Ricoeur, Paul. 1995. *Tiempo y narración*. Madrid: Siglo veintiuno editores.

---. 2003. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.